

El Eco de Cartagena.

Año XXVI.

DIARIO DE LA NOCHE.

NUM. 7510

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

CARTAGENA.—En mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIAS, tres meses, 7.50 id.—EXTRANJERO, tres meses, 11.25 id.
La suscripción empezará á contarse desde el 1.º de cada mes.
Corresponsal en París para anuncios y reclamos, Mr. A. Lorette, rue Caumarlin, 61.

NÚMEROS SUeltOS 15 CÉNTIMOS.
REDACCIÓN, MAYOR, 24.

VIÉRNES 19 DE NOVIEMBRE 1886.

El pago será siempre adelantado y en metálico á letras de fácil cobro.—La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—No se devuelven los originales.

ANUNCIOS Á PRECIOS CONVENCIONALES.
ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24.

CONSEJOS DEL DOCTOR.

HIGIENE DEL TEATRO.

La necesidad de distraer el ánimo y dar pábulo á la imaginación y al sentimiento no es de aquellas que podemos llamar ficticias, sino de las más reales que existen. Podrán tal vez no sentirla contados individuos, pero la humanidad entera busca en los espectáculos recreo y expansión á su espíritu para compensar los sinsabores y crudezas de la vida diaria, ruda y constante lucha por la existencia. En cuanto á los favorecidos por la fortuna con sus ciegos dones, buscan en los espectáculos la continua renovación de la atmósfera de placeres que les rodea y vivifica.

Fuera de los inefables goces que proporcionan los más nobles y santos afectos del alma, nada hay en el mundo que aprisione tanto nuestra voluntad como la embriagadora magia de las Bellas Artes y las Bellas Letras.

Cuando la poesía, con sus levantados acentos y sonoros versos conmueve lo más profundo de nuestro ser; cuando la música fascina con su poderío misterioso todas nuestras potencias; cuando las artes del diseño nos embargan con sus portentosas creaciones, cuando la oratoria nos cautiva, apoderándose de nuestro albedrío, entonces sentimos íntima é inconscientemente que hay en el hombre algo grande para contrastar su pequeñez, algo espléndido para encubrir las miserias de su vida. Este sentimiento nos eleva, nos conforta, educa las más altas facultades, aquellas por las cuales tenemos la noción de lo bello y de lo bueno. A su moralizador influjo ceden muchas veces los instintos bajos y las pasiones depravadas; que allí donde más destella la luz divina de nuestro inmortal espíritu, se advierten menos rastreros fangos fátuos, producto de nuestro deleznable organismo.

El teatro dispone á su antojo, y para auñenar su poderío, de todas las artes bellas, subordinándolas á un fin literario, capaz de reunirles en una acción común y enérgica sobre la fantasía. Por eso emociona con tal viveza y fuerza á las mayores colectividades humanas, pues para ello cuenta con todos los atractivos que encadenan el corazón y la mente, las grandes pasiones enardecedoras del alma, las grandes bellezas deslumbradoras para el espíritu, las vibraciones del sonido y de la luz, la actividad simpática del movimiento, el espectáculo de la vida y de la acción, imanes que atraen con vigoroso magnetismo desde nuestros sentidos hasta la inteligencia y la sensibilidad más atetargadas.

Y si, por su propia virtud, la emoción estética es profunda cuando en la soledad la sentimos, multiplicanse sus potentísimos efectos cuando nuestras risas y nuestras lágrimas repercuten y hallan eco en los labios y en los ojos de los demás hombres.

De aquí la inmensa importancia de la literatura dramática en los pueblos de grande historia y de los espectáculos teatrales en las costumbres de las sociedades que han señalado una etapa en el camino del civilizador progreso. Los placeres del espíritu, los puros goces de la imaginación, no son accesibles, sino á las razas y á los individuos superiores por la cultura de sus facultades.

Si el teatro tiene sobre la humanidad eminente dominio, su influencia ha de trascender á todos los órdenes de la vida social y sus efectos serán diversos, tanto en lo moral como en lo físico, según las distintas circunstancias y condiciones con que la literatura dramática se desarrolle y viva en las costumbres.

El teatro griego y el romano congregaban las muchedumbres mientras brillaba la luz del sol, en inmensos recintos, sin más cubierta que la cúpula esplendorosa del firmamento. Los espectáculos públicos de todo género, eran celebrados de día y al aire libre; sin que por eso fuera menor su pompa que la de los nuestros; ántes al contrario, pues ya en tiempo de Esquilo y en su *Prometeo encadenado* el coro de las *Oceánidas*, llegaba á la escena en un coro volante (por el camino de las aves) lo cual supone enormes esfuerzos en las artes escénicas. De suerte, que las circunstancias de lugar y tiempo antedichas, tan ajenas á nuestras costumbres, no quitaban á la representación teatral ninguno de los recursos indispensables para realizar los efectos imaginados por el poeta.

Los espectadores de entonces tenían sobre los de nuestros días la ventaja de respirar un aire puro, pudiendo además invertir en el descanso las horas de la noche, por nosotros empleadas en recrearnos de mejor ó peor manera. Pero en cambio, el trágico horror de las *Euménides* de Esquilo llegó á producir fatales accidentes en las mujeres en cinta que asistían al espectáculo, así como las burdis gracias y groseras chorrerías de las comedias de Aristófanes, llenas de picarescas y audaces alusiones de política palpitante, degradaban y envilecían el espíritu del pueblo ateniense, y preparaban la cicutina al más virtuoso y justo de los filósofos, al ilustre Sócrates. He aquí grandes enseñanzas que la higiene debe propagar, pues física y moralmente lo horrible ó lo soez, sien algún caso no llegan quizás á ser antiliterarios.

rios, siempre son antihigiénicos por su perniciosa acción sobre el hombre.

El origen del teatro en Roma obedeció á un consejo de alta higiene. Hacia el año 364, ántes de nuestra era, una funesta epidemia desolaba la ciudad Eterna, sin que ningún remedio humano ni la invocación á los dioses pusieran término á los estragos del mal.

Pidióse consejo á los etruscos, los cuales incitaron á los romanos para que instituyeran juegos escénicos, enviándoles histriones que danzaran al son de la flauta. A esto agregaron los romanos cantos y pantomimas, reuniendo las improvisaciones escénicas á las danzas etruscas y á las farsas atelanas, creando la sátira y luego las primeras piezas cómicas llamadas *exodos*.

Seguido el consejo, fueron tan bienhechores sus resultados que la epidemia desapareció, merced á haberse levantado por la distracción el abatido estado moral del pueblo romano. Hé aquí otra lección interesante que la historia ofrece á la higiene que debe aprovechar en pró de la salud pública.

Las condiciones de la vida civil moderna tal vez no consienten la adopción de antiguas costumbres, por buenas que éstas sean. Por eso continuarán siendo representadas las obras dramáticas por la noche y en recintos cerrados, no obstante los gravísimos perjuicios que á la salud ocasionan los cambios bruscos de temperatura, la posibilidad de los incendios, la respiración prolongada durante algunas horas de un aire viciado, la inversión del tiempo que debe destinarse al sueño y al descanso en fatigar más el cuerpo y desasosegar el alma, y preparándola para hacernos sufrir con pesadillas.

Ya que no podamos por ahora estirpar la nocturnidad y el confinamiento en los espectáculos escénicos, procúrese mejorar las condiciones locales de los teatros, asegurando al que los frecuenta un consumo de aire puro por medio de una bien entendida ventilación, una temperatura suave é igual, una atmósfera interior sin bruscas corrientes originadas por la exterior, impermeabilidad é incombustibilidad del edificio, comodidad en todos sus detalles, salubridad en todas sus dependencias y muy particularmente en aquellas, cuyas emanaciones, tras de ofender al olfato, son un peligro para la salud.

En todo caso, debieran aprovecharse los entreactos, para desahogar la sala y ventilarla, distribuyéndose los espectadores por amplias galerías que todo teatro debiera tener, con lo cual también un ejercicio provechoso alternaría con rígida actitud y

sedentaria estación que se observan durante el espectáculo.

Los concurrentes á los teatros no deben salir de pronto al exterior, sino habituándose poco á poco á las distintas temperaturas que en serie descendente reinan en el local, desde la más alta, existente en la sala, hasta la más baja, propia de la calle, procurando no colocarse los abrigos dentro del salón ni en el vestíbulo, sino en las galerías más resguardadas de corrientes bruscas. No conviene tampoco helados inmediatamente después de salir de un recinto donde hemos estado sometidos largo tiempo á una elevada temperatura y respirando un aire viciado; así como tampoco es bueno cenar profusamente á horas tan avanzadas y poco tiempo ántes de ir á entregarse al sueño.

Esto, por lo que se refiere á la higiene física. En cuanto á la moral, también puede la ciencia aconsejar, aunque para ello espigue en el campo de la estética y la crítica literaria.

La antigua tragedia, con sus terrores siniestros y su ciega implacable fatalidad, no debe ni puede resucitarse en nuestros días. Demasiados ocultos se hallan para nosotros los misteriosos designios de la Providencia, para que el alma no se entenebrezca tristemente con el profundo desconsuelo que produce el fatalismo, bárbaro cáncer que encerraba en su seno la civilización pagana hasta que la devoró por completo, vicio de origen, apto para impedir el desarrollo progresivo de una civilización mahometana, á despecho del esplendor fugaz que alcanzara el pueblo hispano árabe en el más brillante que sólo califato de Córdoba.

El espectáculo brutal de la degradación humana, la representación al vivo de nuestras miserias irremediables, la apoteosis de las sacerdotisas del vicio, la satisfacción de abyectos costumbres, la defensa de lo inmoral é ilícito que se halla en bajos fondos de la sociedad, á perenne excusa para el adulterio y la veugues personal, el slán por la paradoja brillante, empleada en descrédito de la rectitud de ideas y sentimientos, con ánimo preconcebido de ensayar la debilidad de carácter productora de la mayoría de esas lastimosas caídas á que pompa y falsamente sueñe decorarse con el injudificado título de *irresistibles pasiones*: todo esto, que constituye la primera materia de gran parte de la literatura dramática contemporánea, es el gémen de un *arte malsano* y por ello de antihigiénicos efectos.

La alta comedia ó drama moderno (sin hacer sermones de moral casera) es un género que, cultivado por poetas verdaderamente dignos de tal nombre, adunando á los vuelos de la